

IH̄S
**PÁGINAS
ESCOLARES**



AGOSTO
1915

➤ SUMARIO ➤

Texto.—...¿Y sacerdote no?... *R. V. Ugarte, S. J.*—Aprended, madres, *Esteban Moreno Santibáñez*.—Colegio de Gijón, *V. A.*—El Cristo de marfil.—Tarde te amé, Señor (Poesía), *Lope de Vega*.—Los Jesuítas en el ejército.—Un Congregante en campaña, *B. Sché.*—Enseñanzas antituberculosas, *Dr. Malo de Poveda*.—El Raisuli.—Consejos del Dr. Evans.—¡Si Dios lo hiciera..! (Poesía), *M. de Sta. Catalina*.—Apostolado de la Oración.

Grabados.—Regina Societatis Jesu. Ora pro nobis.—Alumnos Bachilleres del Colegio de Gijón.—«La Promesa.» Por el laureado pintor gijonés. D. Ventura Alvarez Sala.—La noble fortaleza ante la osada debilidad.—El león y la leona de Berbería.—Un oso persiguiendo a un pescador de caña.

Gustavo Gili, Editor, Universidad, 85, Barcelona

125 modelos de edificios económicos

Casas baratas, Villas y Granjas, por el Ing. I. Casali, traducción de la tercera edición italiana, por el Dr. E. Ruiz Ponsetí. Un volumen de 424 págs., de 20 por 13 centímetros, con profusión de grabados. En rústica, pesetas 8. En tela inglesa, tapas especiales, pesetas 9.

Ni en España, ni en el extranjero existe obra alguna similar, que haya contribuído con tanta eficacia a fomentar y orientar la construcción de las habitaciones baratas. La maestría con que en ella se hermanan las necesidades de la mayoría de las familias con las condiciones requeridas por la estética y por la higiene dentro de la economía mejor entendida; la multitud de casos supuestos, desde el de una familia numerosa, hasta el de los solteros con casa independiente; desde el del obrero de las ciudades, hasta el del pequeño empleado que puede permitirse la construcción de una *villa* en las afueras, o el del labrador que ha de disponer su casita con los múltiples anexos requeridos por el ganado y por las industrias del campo, son cualidades que ponen la obra de Casali muy por encima de todas las que de este asunto tratan.

Cada uno de los 125 proyectos presentados, comprende el detalle necesario de plantas, secciones, fachadas y presupuestos, bastando para dar una idea acabada de las condiciones constructivas de cada edificio. La exquisita belleza de los diversos tipos, dentro de la economía necesaria, así como la racional distribución de las piezas, hacen que sea este libro, no sólo un consultor utilísimo para el propietario o el constructor de una casa, sino una fuente de ideas que facilita en gran manera el trazado de nuevos proyectos.

El texto comprende, además de consideraciones técnicas generales y de la legislación

española referente a las casas baratas, tres partes principales, de las cuales la primera describe los proyectos de casas baratas de carácter urbano, la segunda los de villas y la tercera los de fincas rústicas, con sus anexos para ganado, volatería, quesería, bodegas, etcétera, etcétera.

La Compañía de Jesús

y sus alumnos

al terminar el primer siglo de su Restablecimiento, por el P. Sebastián Raggi Cantero, S. J.—Segunda edición corregida e ilustrada.—Un volumen de 192 páginas, de 20 por 13 centímetros. En rústica, pesetas 2; en tela inglesa, pesetas, 3.

A los dos meses escasos de haberse puesto a la venta, quedó agotada la primera edición de esta interesante obrita. Y como esto constituye su más interesante elogio, se ha publicado esta segunda, convirtiendo el folleto en libro y enriqueciéndolo además con vistas fotográficas de los principales centros escolares de la Compañía en todo el mundo, lo cual constituye por sí solo una curiosísima colección.

No puede ser más oportuna la publicación de este libro, en el primer Centenario del Restablecimiento de la Compañía de Jesús (1814-1914). En él se exponen brevemente la constitución orgánica, las aprobaciones de la Santa Sede, la supresión y el restablecimiento de la Compañía; el origen de cada una de sus 27 actuales Provincias, su situación geográfica, el número de sus individuos y comunidades y el de sus alumnos en cada uno de sus centros de enseñanza. Esta obrita da idea aproximada de lo que es la Compañía y de su admirable extensión, y para cuantos la aman, congregantes y alumnos, constituye un documento inapreciable.



PÁGINAS ESCOLARES

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA PARA JÓVENES ESCOLARES

Año XII.

Gijón, Agosto de 1915

Núm. 136

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

De la popular Revista *El Mensajero del Corazón de Jesús*, copiamos el siguiente oportunísimo artículo, que tan bien dice con el fin educativo de PAGINAS ESCOLARES.

...¿Y sacerdote no?...

Joven amable que has estado pensando en la carrera que vas a elegir. Joven simpático que has disertado con tus compañeros de colegio acerca de todo lo que podrás ser. Joven estudioso que has terminado tu grado de bachiller con brillantes calificaciones, y tal vez con la bandera de la matrícula de honor enarbolada en todos tus cursos... ¿qué vas a ser?

¡Cuántas cosas has pensado! Tal vez sepas acerca de carrera más que el Libro de las Carreras de Oca. Habrás revuelto todo lo que de ellas se sabe. Ser ingeniero... de cualquier clase, pero sobre todo de caminos, canales y puertos, *parece* que es la prima del talento.

¿Ser abogado? ¡psché!, abogado es cualquiera; pero tú piensas ser abogado no como cualquiera, sino como tú; y eso ya es otra cosa. La carrera de derecho es la más humana, la más digna del hombre civil.

¡Médico!... Mucho bien puede hacer un médico, y mucho mal. Pero para ganar dinero dicen es muy buena carrera. Mas tú no eres interesado. Y de ser médico había de ser para servir a la humanidad de consuelo en sus dolores; alta misión, y si la tomas así, dignísima de un cristiano.

¡Militar! Acaso tú eres demasiado pacifista... Sin embargo, te arrastran los colores de la bandara, el sonido de los clarines, el marchar de la infantería, el trotar de los caballos, el tronar de los cañones.

Y así has ido recorriendo todas las carreras, fáciles, difíciles, brillantes, lucrativas, morales, expuestas, todas.

Pero amigo mío, te has olvidado de una

carrera, y por cierto de las principales en el mundo.

Has pensado en que puedes ser ingeniero, médico, militar, jurisconsulto, profesor, arquitecto.

—...¿Y sacerdote no?..

Y ¿por qué no?

No se trata de vosotros

No, no es a vosotros a quien dirijo esta pregunta. Vosotros; jóvenes mundanos, que lo sois ahora y queréis seguir siéndolo después.

Vosotros, los carnales y afeminados, que ya estáis pensando en amoríos tontos y sensuales, y cuyo ideal de vida es gozar y apacentar los sentidos.

Vosotros, los desaplicados, que estáis resueltos a no pasar la retaguardia de los aprobados en vuestras asignaturas.

Vosotros, los apocados, incapaces de sacrificio. de elevación de miras, de abnegación por el prójimo.

Vosotros, los interesados o ambiciosos, que buscáis más que la verdadera, gloria el brillo, y más que la verdadera riqueza, el interés metálico.

Vosotros, en fin, los fríos y láicos, que no sentís amor de Dios, ni afecto a Jesucristo, ni devoción a la Virgen María.

No se trata de vosotros. Pasad. Idos. Adios. Ya ha terminado el curso. Elegid la carrera que os convenga y no dañe a vuestras almas. Unicamente os advierto que también vosotros debeis escoger una profesión en que no comprometáis vuestras almas, podáis cumplir con vuestro deber, y os salvéis para siempre.

Pero tú... sí

Tú, oh joven amable que sientes en tu corazón otras palpitaciones que las del egoísmo; tú, joven piadoso, que aún conservas la inocencia, o al menos estás preservado todavía del vicio, y no has embarrado las alas de tu gracia en el lodazal de las concu-

piscencias, tú, que conservas libre el espíritu, que amas a Dios y a la Virgen, y deseas hacer algo en su obsequio, tú, que amas al prójimo y sientes anhelos poderosos de hacer algún bien a tus semejantes, tú, en fin, que piensas que has nacido a este mundo pa-

Ser sacerdote, ser cura, no se puede negar que es una de las carreras menos simpáticas y atrayentes, para quien como tú sale ahora, como quien dice, de la la crisálida al jardín de la vida, a la floresta de todas las ilusiones. Todos los caminos se te presentan henchidos de luz. Unicamente el camino del sacerdocio aparece tétrico, sombrío, opaco y solitario.

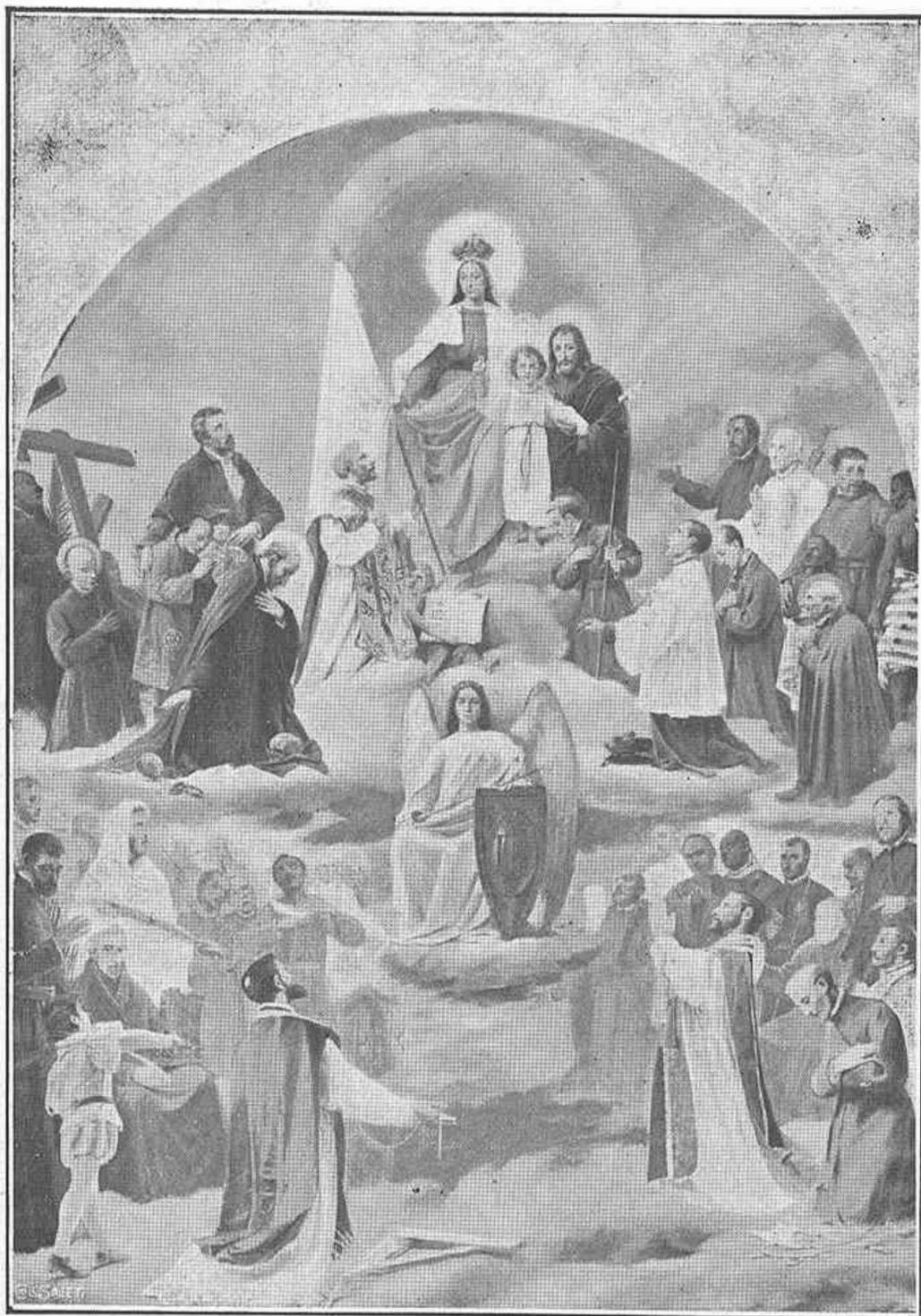
Entiendo muy bien que te cueste, que vaciles, que eches para atrás. El porvenir del sacerdote está muy lleno de oscuridades y de puntos negros. Sabes lo que se nos insulta, lo que se nos esquiva, lo que se nos cierran las puertas, lo que se desea vernos lejos. Nos llaman cuervos, nos apodan sacos de carbón, nos gritan ¡cuá! ¡cuá!, sí a mano viene nos apedrean; por supuesto, nos pagan muy mal, menos que a un jornalero, y mucho menos que a un maestro.

Se cuentan de nosotros historias horribles. Si un cura es malo, todos somos malos.

Nuestra vida es muy costosa. Constante sacrificio de cada día si queremos cumplir medianamente uestras obligaciones, sujeción continua, silencio, paciencia, amabilidad aún con los más antipáticos, disimulo aún con los más descarados, hacerse niño para los niños, humilde con los varones, paciente con las mujeres, desaprensivo con los enfermos, desinteresado con los ricos, generoso (y no hay con qué) con los pobres, en fin todo a todos segun el caracter de todos.

Y tendrás que ir a lo mejor a un pueblo de mala muerte, a una parroquia de mala vida, a un rincón desconocido del mundo, y acaso solo y desamparado, o a un puesto comprometido, lleno de maleantes y de anticlericales; o a una villa de gente incrédula, fría, escéptica, vividora; o en fin a donde Dios te designe, hijo mio, por la voz de tus Prelados, a la que tendrás que obedecer.

Probable es que no conozcas un solo sacerdote que te dé envidia, para seguir su suerte. Cuesta, sí, cuesta ser sacerdote.



Regina Societatis Jesu. Ora pro nobis

ra algo más que para vivir cuarenta, cincuenta años más o menos, estériles o amontonados, sin historia ninguna que merezca la pena de ser oída en la otra vida, tú... no pases; detente un poco, escucha... ¿no quieres ser sacerdote?... Piénsalo, ¿Por qué no?...

¿Te cuesta mucho?...

Lo entiendo. Es para costar. Nuestra sotana es negra, y nuestra vida es más negra y oscura que la sotana. El sacerdote si ha de ser lo que debe y cumplir con sus deberes, y sufrir las cargas inherentes a su estado, ha de llevar una vida de abnegación y sacrificio-

Pero vale mucho

Amigo mío, cuesta, pero vale mucho el ser sacerdote. No hay nada igual bajo la tierra. El sacerdote es lo más excelso que existe en el mundo, y en el mismo cielo es respetado, oído, atendido como embajador que se presenta allí en nombre y con la autoridad de Jesucristo.

El sacerdote es el embajador de la Iglesia para con Dios, y el embajador de Jesucristo para la Iglesia. Las dos más santas y augustas representaciones que puede haber, se reúnen en él. Él es el punto medio y el eslabón que enlaza al mundo con Dios, y a Dios con el mundo. Él presenta a Dios las ofrendas, oraciones, méritos de los hombres, y él trae al hombre la bendición, la gracia, la sonrisa de Dios. El baja y sube por la escala de Jacob entre los ángeles.

El sacerdote tiene dos facultades estupendas y sublimes, inverosímiles del todo, si no fuera por la fe.

Consagra y absuelve.

Él ofrece al cielo lo más precioso que se puede ofrecer en el cielo ni en la tierra al mismo Dios. Consagra el pan y lo hace Dios, y lo ofrece inmolado en la hostia a Dios, por los pecados de los hombres. No hay en todo el mundo acto más grande que esa misa que celebra el sacerdote.

Él trae a la tierra la cosa más preciosa que viene del cielo, la gracia y el perdón de los pecados y con un poder exclusivo de Dios, que se lo participa, absuelve de las culpas. Además él es el encargado de administrar o velar sobre todos los sacramentos, y sobre el culto, que es lo mejor que hay en el mundo, y de enseñar al pueblo la doctrina cristiana. Es el administrador de la gracia, y el pregonero de la voz de Dios.

Es más que el Juez del Supremo, es más que el Legislador, más que el Rey, más que ningún personaje de la tierra.

Tú que ambicionas cosas grandes, puestos altos, glorias verdaderas, no por el esplendor y dignidad humana que tenga el sacerdote, sino por la altísima dignidad y honor que tiene delante de Dios, déjate atraer, si te sientes llamado. No es nuestra dignidad de las que causan orgullo ante el mundo, que la desprecia y la insulta muchas veces, pero ante Dios, a los ojos de Jesucristo, los sacerdotes no te quepa duda que somos lo más querido, lo más apreciado. Claro que si fuésemos malos, seríamos lo más despreciado y aborrecido de él, como Judas. Pero portándonos regularmente, so-

mas lo mejor y más escogido ante sus ojos. Digámoslo con la humildad de quien todo lo ha recibido, y en vez de ganar este puesto, ha sido favorecido con él.

Altísimo honor

Altísimo honor para tí y para tu familia el ser sacerdote.

¿No crees que para una familia no puede haber mayor gloria que la de tener un sacerdote en los altares dedicado al servicio de Jesucristo, y ejerciendo en nombre de Dios las funciones más elevadas de vicediós y vicecristo en la tierra.

Claro está que siempre supongo que has de ser sacerdote digno, y por eso te he hablado a tí y he despedido a aquellos otros, que me parecía que jamás serían dignos ministros de Dios. Pero si tú llegas a ser digno sacerdote, estáte segurísimo que no puede darse a tu familia honra mayor que tener uno de sus hijos en tal estado. Y si llegas a ser Prelado digno, tanto más costoso, si, porque ser un obispo bueno es costosísimo, pero también tanto más honroso ante Dios; y si subes aún más (¿y por qué no has de subir, si eres digno ministro?) aún mayores cargas, pero también mayores honores ante Dios.

Muchísimo provecho

Pero aquí te llamo, aquí te pido atención, aquí te ruego me des tu corazón. Tú estás, como te dije al principio, deseoso de hacer bien, de ser útil en el mundo, de no vivir una vida estéril, y de poder llevar una hermosa historia, de provecho a los ojos del futuro juez de tu vida.

¿Eres tú de aquellos que, al fin de su vida, preguntados qué han hecho, sólo podrán responder:—Señor, yo no he hecho más que ganar y gastar, o heredar y derrochar, o jugar y comer lo ajeno? ¿Te parecen buenas estas historias, que serán las de la mayor parte de tus compañeros? ¿O aspiras a algo más, a ser provechoso a tus prójimos, a tu patria, a la Iglesia, al mundo?

Pues bien, no hay carrera en el mundo más provechosa al hombre que la del sacerdote.

El sacerdote que tenga un poco de celo y de virtud, puede, constantemente, hacer bien al prójimo, y se halla en disposición de llevar el provecho a todas las almas.

Tú serás, si eres buen sacerdote, el rey de todo el pueblo, el juez de paz de todos los pleitos, el consejero natural de todas las

dudas, el maestro de todas las enseñanzas de la vida, el bienhechor de todo el mundo.

¿Quieres saber lo que podrías hacer si fueses sacerdote? Te recomiendo que leas un librito de oro de mi amigo D. Manuel, el Arcipreste de Huelva. Se titula «Lo que puede un cura de hoy.» Hayas de ser o no hayas de ser sacerdote, no perderás el tiempo leyéndolo, aunque no sea más que como tesoro del bien escribir, que muchos libros leéis por ahí que os parecen de perlas porque los escriben satanases, si a mano viene, o por lo menos láicos, y os parece que los curas no saben escribir con literatura. Acaso leéis admirados a Dionisios Pérez, a Dientas y Buenos, que no sé yo sean tan buenos, ni con mucho, como el Arcipreste, que va derramando *zar* por todos sus libros.

Pues bien, en este libro verás lo muchísimo que pudieras hacer si fueras sacerdote. Y te convencerás de una cosa de que estoy yo persuadido, es a saber: de que un cura, con sólo una conducta regular y ordinaria, hace más bien el sólo que media docena de legos sin el cura.

Si tu corazón es del metal sobre que ejerce imán la caridad, seguramente que se sentirá atraído al sacerdocio, por el deseo de hacer bien. Créeme; los seculares, aun queriendo, no podéis hacer ni la vigésima parte del bien que hace un sacerdote, con sólo cumplir su deber regularmente. El que quiera poder servir al prójimo, nada podrá elegir mejor que el sacerdocio. Todos los caminos de la caridad, todos los oficios de la beneficencia, todos los medios de hacer bien están unidos con el sacerdocio.

El sacerdote está en disposición de servir a sus hermanos en todos los órdenes de la vida intelectual, moral, económico, social, político, higiénico, familiar, pedagógico, literario, individual, relativo, en la niñez, en la virilidad, en la vejez, en todos y cada uno de los momentos de la vida, y en todas y cada una de sus fases de ella.

Si tu quieres hacer bien, y pasar por este mundo, como tu Maestro. haciendo bien, *omnia bene fecit*, sé sacerdote. Si quieres ser continuador del Mesías, y sucesor suyo, y un nuevo Mesías en el rincón que él te señale, sé sacerdote. El mejor bienhechor del mundo ha sido el sacerdote. Y el mayor mal que han hecho a la sociedad los malos ha sido degradar, desprestigiar, rebajar al sacerdote. La sociedad que no tiene sacerdotes, o los tiene malos, se pervierte y recae en la desgracia y el libertinaje. La sociedad

que tiene buenos sacerdotes se regenera y resucita del sepulcro, aún después de cuatro días, como Lázaro.

Acaso me dirás que hay curas que no hacen ningún bien; antes hacen mal. Pero, claro está, eso es por que no hacen su deber, y no trabajan nada. Pero si ellos quisieran, están en la mejor disposición para hacer bien. Que hay pueblos en los que el cura no puede hacer nada. No lo creas; si el cura tiene celo, algún talento, constancia y querer, no hay pueblo, por perverso que sea, en que no pueda, por fin, hacer bien, y mucho.

Muchísima misericordia

El sacerdote es el rey de la misericordia, el padre de los miserables. ¿Y quién no es miserable alguna vez en este mundo?

Cuervos nos llaman, sin duda porque figuramos a la hora de la muerte a la cabecera del que va a morir y en la del entierro a la hora de las exequias, y acaso se figuran que nosotros comemos de los muertos y vivimos de ellos. Pero, no, nosotros vivimos de todas las miserias del mundo, no, por cierto. explotándolas, sinó remediándolas cuanto podemos.

Desde que nace el niño hasta que muere el anciano, en todos los pasos trascendentales de la vida humana, está mezclado el sacerdote para derramar en todos ellos el consuelo y la gracia de Dios. Pero, sobre todo, en los dolores, en las tribulaciones, en las desesperaciones, en las tinieblas, en las necesidades, el sacerdote es el consolador, el refugio, el remediador, si tiene con qué remediar, y si no tiene que dar, el paño de lágrimas y reanimador de los espíritus abatidos.

Hazte sacerdote y verás qué cosecha de lágrimas recoges de los que vienen a vendértelas a cambio de un poco de consuelo y de consejo. Padres, madres, hijos, hijas, huérfanos, desamparados, enfermos, arruinados, obreros sin trabajo, pobres sin pan, desamparados sin compañía, necesitados de todo género son el acompañamiento asídulo del sacerdote que no se niega a su oficio. Bienaventurados los misericordiosos. Nadie puede serlo mejor que el sacerdote. Si tú, amigo, no engañas, y tienes, como parece, corazón, y te consideras feliz con el oficio de secar lágrimas en este mundo, bien puedes animarte a ser sacerdote.

Pero ¿y la responsabilidad?

¡Tremenda! La responsabilidad del sacerdote es tremenda porque de él depende

la salvación de muchos. Pero es preciso que entendamos eso de la responsabilidad. Porque no ha de creerse que la responsabilidad nos obliga a hacer milagros, ni que nos expone a irremediable castigo. La responsabilidad no obliga sino a cumplir con el deber de manera humana, con la diligencia que debe ponerse en todo negocio serio.

Ni tampoco vayas a creer que tu responsabilidad te obligará a responder de las almas a tu cargo, ni de los pecados de tu pueblo. Tu responsabilidad te obliga a cumplir tu obligación, y nada más; después de esto entra la responsabilidad del dueño de su alma, que es quien, en último término, se salva o se condena por su culpa.

Ni, en fin, pienses que es lo mismo responsabilidad y obligación, que ocasión de hacer bien y caridad. El sacerdote tiene su obligación, que debe cumplirla, y ¡ay de él, si no la cumple! Pero además tiene ocasión de hacer muchísimo bien, aunque sin más responsabilidad ni obligación que aquella que nos induce la caridad de Cristo y el amor del prójimo, según la gran ley de las obligaciones de honor del cristiano, que formuló San Pablo: *Caritas Christi urget nos*. El amor de Cristo nos obliga. No nos obliga la pena del infierno, ni la ley estricta de pecado, sino la pena de no agradar a Cristo. Y así: sin responsabilidad rigurosa, el sacerdote se considera con otra clase de dulce responsabilidad, la de la obligación de pagar a Cristo algo de lo mucho que le debemos. Pero no debes asustarte con otra clase de responsabilidad.

Confíesote, sin embargo, que aún esa es mucha y terrible, y que a ser sacerdote se puede venir de veras, y con todo celo y empeño, pero no de juego y pasatiempo. Si quieres salir mediano abogado, regular ingeniero, artista pasadero, militar de poco más o menos, tu responsabilidad no será muy grande, pues no te verás en muchos casos comprometidos. Si te haces médico o farmacéutico, tu responsabilidad es mayor, porque de tí dependen mil vidas.

El sacerdote tiene mucho mayor responsabilidad, si no cumple su obligación, porque de él dependen mil almas.

Pero también es mayor la gracia

Sí, amigo mío, tendrás mucha responsabilidad: pero también tendrás mucha gracia, muchísima gracia.

Los que hemos tenido la suerte de recibir las órdenes sagradas, los que recorda-

mos aquel día, el más feliz, con mucho, de todos los de nuestra vida, cuando pensamos en aquellos momentos sublimes como ninguno, en que, postrados nosotros ante el Prelado que nos iba a ordenar, rezaba todo el clero unido el *Veni Creator Spiritus*, «Ven creador Espíritu,» yo te aseguro que no podemos menos de conmovernos profundamente.

Nunca, créeme, jamás se *siente* tan cerca el Espíritu Santo como en aquella hora augusta en que de un hombre como yo, y como cualquiera de los que están a mi lado, se va a hacer un Dios, un Cristo, un vicedios o un vicecristo, capaz de hacer, con su palabra, que se vuelva el pan en el cuerpo de Cristo, y que se perdonen los pecados al criminal más horrible. Entonces casi se siente el aleteo del Espíritu Santo sobre los ordenandos, casi se oye el ruido del torrente de gracia que baja sobre nuestros corazones. Mucha, muchísima es la gracia que Dios nos da para cumplir con nuestras obligaciones, si de ella queremos aprovecharnos. Y si graves son nuestras obligaciones, copiosas son nuestras fuerzas; y si difícil tarea es salvar almas y traerlas a Cristo, muchos recursos y auxilios nos da Cristo que es el verdadero Salvador y Redentor que palpita en nosotros, cuando estamos unidos con él.

¡Oh! si tú supieses, amigo mío, cuánto quiere Dios a un sacerdote, cuánto nos ama Jesucristo, cuán unidos nos lleva a su Corazón!

Y eso en aquel día. Pero después ¿eres tú capaz de entender la abundancia de gracia que recibe un sacerdote en la misa de cada día? Porque el fruto especialísimo de ella es para el celebrante; fruto excelentísimo, fruto admirable, fruto de que sólo el sacerdote goza. Sólo por celebrar misa cada día, se podría uno hacer sacerdote. Sólo por tomar aquella hostia Santa y ofrecerla todos los días al Padre, y luego tomarla, y sobre ella beber aquel

Cáliz bendito donde se encierra
El bien supremo de cielo y tierra,
La sangre pura
Que al Hijo amado la Virgen dió,

sólo por eso se podría ordenar uno. Y sólo en ese sacrificio y en ese cáliz se puede sacar gracia bastante para cubrir toda responsabilidad, y hacer con gusto cualquier sacrificio.

¿Es que eres rico?

¿Eres de buena posición? ¿de alto rango? ¿de familia acomodada? ¿opulenta? ¿noble?

...Y ¿que? los nobles, los ricos, los opulentos, los acomodados, no podéis ser sacerdotes? ¿no podéis ser apóstoles? ¿no podéis salvar almas? ¿no podéis ser reyes de la misericordia? ¿no podéis recibir al Espíritu Santo? ¿no podéis beber del cáliz?...

Pues no envidio vuestra riqueza, vuestra nobleza, vuestro bienestar.

Ríete de todo eso, amigo mío, que parece tienes el alma verdaderamente rica, noble y opulenta. Para una familia noble y alta, ninguna gloria mejor que tener en ella un sacerdote. Para una casa de alcurnia, ningún honor mejor que tener un gentil hombre al servicio del Mesías y Rey ungido por Dios. Para un señor de tierra, no le falta más cumplimiento y colmo que ser también señor del cielo. Las llaves del cielo lleva el sacerdote en sus labios; él abre los cielos para que baje Dios a la tierra, él abre los cielos para que suba el pecador a la gloria, él abre los cielos para que baje la gracia, y la doctrina celestial.

Señor que seas del mundo, te deberías alegrar de ser, además, señor del cielo.

Non vos me, sed ego vos

No tú a mí, sino yo a tí. De todos modos, no pienses que nosotros hacemos favor ninguno a Jesucristo con hacernos sacerdotes, sinó que Él nos hace inmenso favor con elegirnos. Ojalá te elija a ti, y tú te dejes elegir por Él.

Mas a veces pensamos que esta estupenda gracia de Dios de elegir a un hombre para sacerdote suyo, es un favor nuestro.

Sacerdote, Jamás

Le decía Don Bosco a una señora:

—¿Qué piensa V. hacer de su primogénito?

—Será diplomático como su padre.

—¿Y el segundo?

—Está en la Academia; llegará a general, según espero.

—Y ¿éste?—añadió, señalando al Benjamín.—¿quiere V. que le demos a Dios? ¿que le hagamos sacerdote?

—¿Sacerdote?...—dijo ella inmutada y respirando desprecio—¿Sacerdote? ¡jamás! Prefiero que muera...

A los pocos días esta misma señora llamaba desolada a Don Bosco, para que viniese a dar su bendición a su hijo que se moría.

Y en el lecho de la agonía desfallecía un niño que, al ver a D. Bosco, dijo a su madre:

—Mamá, ya sé yo por qué muero.

Acuérdese usted de lo que dijo a D. Bosco. Usted no me quiso dar a Dios, y Dios me lleva para sí.

Y pluguiese a Dios llevarse para sí a todos los que no se quisieren dar a Él cuando los llama, y a todos aquellos a quienes sus padres guardan y sujetan para el mundo, cuando querían ir a Dios.

¿Con que... No quieres?...

Bueno. No tienes obligación. Pero sabes lo que pierdes, si Dios te invita y tú no le oyes. Es un dolor que tantos como podrían ser sacerdotes y honrar al sacerdocio, y honrar a sus familias, a sus almas, y toda su historia con la prez del sacerdocio, se retraigan por motivos humanos.

Sí, el sacerdocio no es, hoy por hoy, nada grato. Oficio duro, humillante, apostólico, fatigoso, privado de muchos atractivos humanos, alejado de la diversión, de los placeres sensuales, del brillo mundano, expuesto a los insultos de las plebes desmoralizadas.

Pero lleno del atractivo de Dios. ¿Por qué se dignó Dios concedernos este favor?

Como decía Saj:

Yo que a tus dones doy tan ruín paga
En esa sangre y en esa llaga
De tu costado
¡Posar mis labios de pecador!
¡Yo que he vivido de tí olvidado!
No, no soy digno de tanto amor.

Dale a mis ojos fuentes de llanto
Con que te diga que te amo tanto,
Y amarte ausío
¡Tanto! que anhelo morir por tí.
Mas no tu sangre me des, bien mío...
Mas ¡ay! ¿qué digo? dámela, sí.

Dame esa sangre de bienes rica,
Dame ese vino que fortifica
Al que al Calvario,
Va de tus huellas siguiendo en pos,
Y es guardia y muro del santuario,
Y a las batallas corre de Dios.

Tomaré el cáliz donde se encierra
El Bien supremo de cielo y tierra
La sangre pura
Que a mi cariño la Virgen dió!
Sí, a mi me espera tanta ventura
Y de ese cáliz... beberé yo!

R. V. Ugarte, S. J.



APRENDED MADRES...

Ricardín aguardaba, como todas las noches, que su mamá después de dejarle en la camita, al despedirse de él le diese un beso.

La mamá concretóse á desnudar á su hijito sin hablar palabra, le ayudó a rezar sus últimas oraciones y, como quien no presta atención a nada, se retiró de la alcoba. Aun no había llegado a la puerta, Ricardín, que no se había dado cuenta de lá seriedad de su madre, llamóla con estas cariñosas palabras: mamita, ¿es que esta noche no me das un beso?

Yo no beso a los niños que pecan como tú, respondió la madre; y sin añadir una sílaba más, dió un portazo en señal de disgusto y se retiró.

¡Pobre Ricardín! que tormenta tan fuerte e inesperada descargaba entonces sobre su corazón. Quiso dar un grito fuerte para llamar a aquella mamá que tantos mimos le hacía todas las noches y que entonces tan disgustada se le mostró; pero el sollozo acudió a su garganta y las lágrimas dieron pronto cuenta de la pena de su corazón noble y susceptible.

Pero ¿qué es lo que habré yo hecho hoy para que me diga ella que he pecado? preguntaba devorado por la más cruel ansiedad a su conciencia; ¿será porque hablé mucho cuando teníamos la visita de las de Escrivá? Oh, esto es muy feo, según ella me dice con frecuencia, pero yo creo que no es tan gran pecado.....

¿Será porque he reñido con Isabelita? También lo he hecho otras veces y se ha contentado con decirme que me iba a dar una azotaina. ¿Será porque me he salido de casa sin el permiso suyo? Pero yo se lo había dicho a papá y así no es pecado.....

En estas reflexiones al pobre Ricardín se le pasó una buena media hora, sin que el sueño viniese a cerrar sus cansados párpados, antes bien huyendo de sus ojos tanto más cuanto más grande era la cruel zozobra que le atormentaba.

Tentado estuvo varias veces de levantarse para ir en busca de su madre a pedirle explicaciones sobre la causa de su enfado; pero al ir a dar este paso, su corazón refinadamente sensible, abría el resorte de sus lágrimas y llenando de abatimiento su pecho, obligábale a esconderse más y más entre las sábanas, como avergonzado de que en rea-

lidad pudiera ser alguna falta suya la que diera origen a su desgracia.

Los demás hermanitos estaban ya transportados al cielo en alas de ese sueño angelical conque Dios adormece a las almas puras, y Ricardín que a sus 9 años era más ángel todavía que sus hermanitos a los 5, agitábase en la cama, presa de terrible intranquilidad, cual si fuera un malvado a quien el recuerdo de su crimen le corroe la conciencia. No cabe duda, se decía, debe ser alguna cosa mala que he hecho, y que yo no recuerdo ahora; pues mi mamá no me negaría sus caricias así como así....

Aquí había llegado en sus acalorados pensamientos, cuando oyó ruido de pasos. El, que conocía lo muchísimo que su mamá le quería, adivinó lo que iba a suceder; y queriendo hacer del dormido, pero sintiéndose débil para no reflejar en su semblante su interior emoción, cruzó con muchísima suavidad el bracito izquierdo por sobre la cabeza, cubriéndose el rostro; y emitiendo con regularidad la respiración, aguardó la visita de su mamá.

La buena D.^a Amparo, que se había retirado una hora antes con el corazón más dolorido que el de su propio hijo, volvía ahora, suponiendo que este estaba dormido, a darle aquel beso ordinario del que aparentó que no hacía caso, en castigo del pecado de su hijo, pero el cual le era tan necesario a su corazón maternal que sin él sabía que no podría dormirse.

Cerca ya del lecho de Ricardín, detuvose un instante, prestó oído, y al escuchar el acompasado ruido respiratorio, adelantóse sin titubear, dió con mucho cuidado media vuelta a la llave de la luz y sus ojos humedecidos por las lágrimas, contemplaron un instante aquel tierno hijito, cuyo cariño formaba las delicias de su corazón.

Persuadida de que en realidad dormía, acercó blandamente sus labios a la cabecita de Ricardín, dióle diez o doce besos seguidos sobre su rubio cabellito, abalanzóse un poco mas a ver si podía besarle en la frente y al ver que esto le era imposible por tenerla el niño cubierta con el brazo, contentose con besarle la manita.

Ricardín estuvo indeciso dos o tres veces sobre si soltaría su brazo y estrecharía rápidamente el cuello de su queridísima mamá... El corazón le latía precipitadamente. Pero creyó más prudente aguardar el final de la escena y permaneció en la misma estudiada actitud,

D.^a Amparo se arrodilló a los pies de su hijo. Con el corazón pletórico de amargura apoyó su cabeza sobre la cama. Madre mía, modularon sus labios: Vos sabéis cuanto quiero yo a mi hijo, sin embargo, antes quiero verle muerto, que en pecado. Yo creo, Virgen santísima, que él no tiene todavía malicia para ello; pero si acaso el demonio ha entrado ya en su corazón, perdónadle su pecado, haced que se purifique de él y antes que vuelva a.....

Al llegar a las últimas palabras de su súplica a la Virgen, notó que se le anudaba la garganta, dió un prolongado suspiro y hecha un mar de lágrimas se precipitó sobre su hijo, no dándole ya cuidado despertarle de su supuesto sueño.

Guiado por un mismo impulso Ricardín se incorporó repentinamente y los labios del hijito se juntaron con los de la madre, al par que los brazos de uno y otra se entrelazaban fuertemente y permanecían derramando torrentes de lágrimas sus ojos.

—¿Es que me has oído, hijo de mi alma?

—Sí, estaba despierto, mamita mía, porque no me puedo dormir.

—Entonces por qué me engañabas?

—Porque me daba vergüenza

—Será por el pecado de hoy ¿verdad?

—No, mamita, yo no sé qué pecado he hecho, pero como tú lo dices.....

—Pero, Ricardín, hijo mío, tú no te acuerdas de lo que te reprendí esta mañana.

—Sí, me dijiste que no cantara; pero ¿eso es pecado?

—No, hijo, no, el cantar no es pecado. El pecado es cantar esas cosas.

—¿Qué cosas, mamá?

—Aquella copla tan fea.

—Mamá, si esa copla es muy bonita.

—Pero es un pecado, hijo mío. ¿Es que tú no ves que al Señor se ofende con eso?

—Eso será, si tú lo dices; yo no lo sabía.

—Gracias a Dios, pues; pero no lo cantes más ¿verdad que me darás gusto?

—Sí, mamá, si tu dices que es malo, ya verás como no lo hago más.

D.^a Amparo tuvo entonces un momento de felicidad cual nunca había gozado en la tierra. Aquella tan honda pena que se apoderó de su alma al oír cantar una seguidilla dehonesta a su hijito, desvaneciéndose apenas comprendió que este no había penetrado la malicia oculta en aquellos versos.

La lección, sin embargo, fué muy provechosa a Ricardín; y cuando en lo sucesivo

oía nuevos cantares, acudía a su mamá a recitárselos para ver si debía o no debía cantarlos.

Esteban Moreno Santibañez.



Colegio de Gijón

La prolongada enfermedad de nuestro P. Espiritual y Director de la Congregación, que desde principios de Mayo le tiene postrado en el lecho, y separado de sus amados colegiales, es la única nota triste y desagradable en nuestras vacaciones. Nos falta también por consiguiente el principal aliciente en nuestras visitas al Colegio, y el principal elemento en todo lo que nuestros juegos y reuniones de colegiales tienen de peculiar y característico aún en estos meses de vacaciones.

Sin embargo, apesar de falta tan irreparable, y tal vez por el deseo como instintivo de agradar con ello más a nuestro Padre, tanto en la despedida de los Bachilleres, como en la ejemplar conducta, que todos han observado al acabar el curso, y aún durante las vacaciones, se ha notado un empeño especial en el cumplimiento de todos nuestros deberes religiosos.

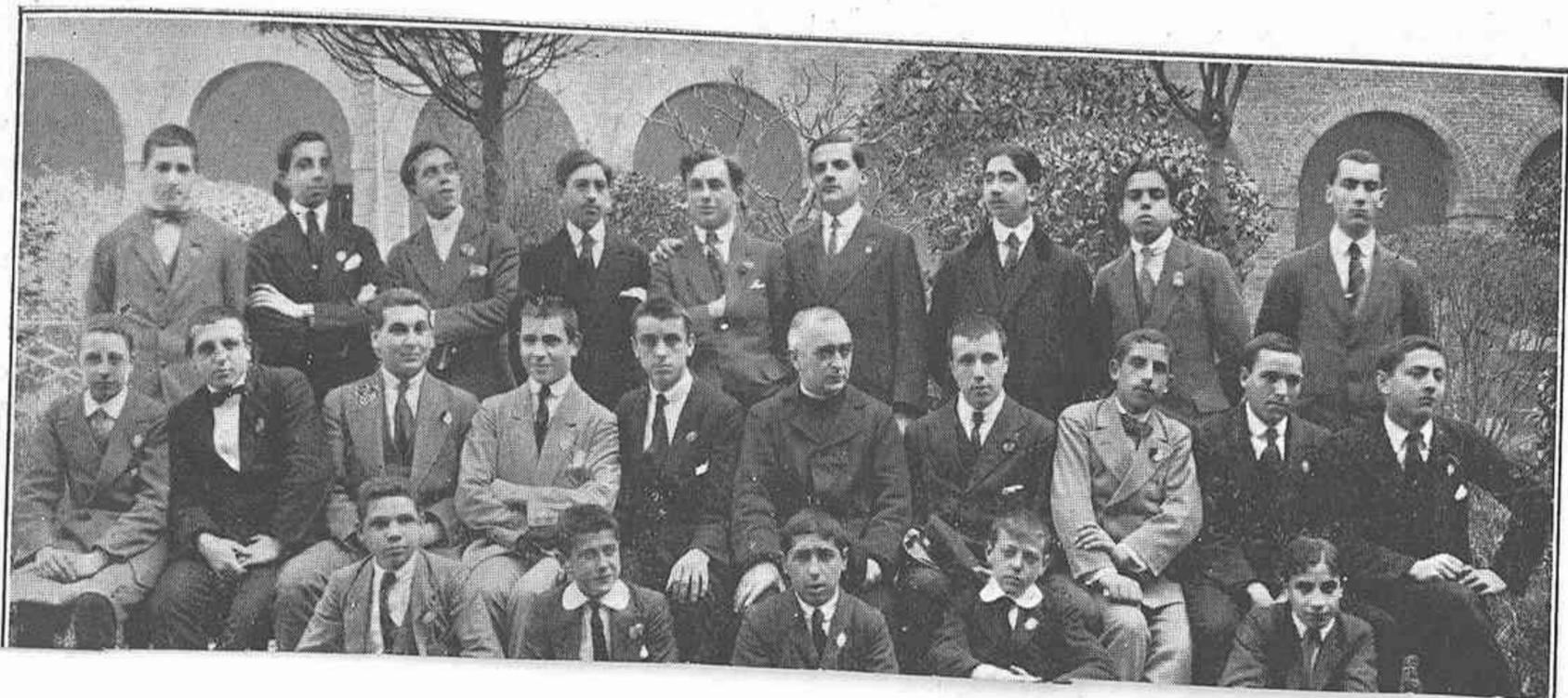
Poco después de recibir el Grado, partió para Loyola un numeroso grupo de Bachilleres, a quienes se agregó el joven ovetense Atanasio Barbón, antiguo colegial también de la Inmaculada. Bajo el dulce ambiente de piedad y fervor, que se respira en aquella Santa Casa, cuna y solar de San Ignacio, y dirigidos por la voz insinuante y persuasiva del R. P. Castillo, hicieron, con plena satisfacción de todos, los Ejercicios Espirituales, volviendo todos entusiasmados y con muy buenos propósitos para el porvenir.

Precisamente llegaron a Gijón el día de S. Pedro, en que se celebraba la gran procesión del Sagrado Corazón de Jesús, y fué notable la prontitud y entusiasmo al par que la piedad y recogimiento con que todos acudieron a formar en las filas interminables de aquella gran manifestación de la piedad y amor a Jesucristo del pueblo de Gijón. Los Congregantes y la mayor parte de los alumnos del Colegio formábamos un coro especial, a cuyo frente iba la bandera de la Congregación. Vestidos de toda etiqueta, y con la elegancia que les distingue, llevaron las cintas, que colgaban de la preciosa efigie del Sagrado Corazón—los distinguidos jóvenes gijoneses Sres. Ramón Riva, José G. Cienfuegos, Severo López y César Ayesta, todos ellos antiguos colegiales de la Inmaculada.

Aunque muchos de los alumnos, aún de los de Gijón han ido a las aldeas a pasar las vacaciones, gran parte de los que residen en la villa acudimos todos los Domingos y días festivos al Colegio, donde, después de la comunión, que tenemos a las 8, como en tiempo de curso, asistimos a la misa, que como acto de la Congregación se tiene a las 9 con la solemnidad acostumbrada.

Fué también un acontecimiento memorable para nosotros y para el Colegio la visita que a éste hizo el 16 de Julio S. A. R. la Infanta Isabel. Para demostrar la grata impresión que dejó en todos su visita, voy a copiar algunos párrafos, que referentes al suceso, publicó el día siguiente el *Pueblo Astur*.

«Al llegar la Infanta a los jardines extertores del Colegio de la Inmaculada las campanas del torreón del Observatorio, fueron echadas al vuelo.



En el segundo piso no dejó tampoco de ver las habitaciones del internado y la enfermería, pasando luego al primer piso de la torre, donde está instalada la telegrafía sin hilos para el servicio del Observatorio y por donde se reciben la hora oficial de París y las observaciones meteorológicas que se expiden desde la Torre Eiffel.

El Padre Ayuso estuvo explicándole minuciosamente el funcionamiento de los aparatos instalados en la torre, y la Infanta permaneció por unos momentos en la cabina de la radiotelegrafía.

Después de un breve alto en la subida, la infanta, acompañada de una parte del séquito, ascendió hasta los últimos términos de la torre, donde se hallan dos magníficos telescopios y otros aparatos para uso del Observatorio.

La condesa viuda de Girgenti, paseó por la plantabanda de la torre, desde donde se domina un bello paisaje de horizonte marino, y tocó las tres campanas, descendiendo después de aquel hermoso asalto hecho a la torre, sin mostrar Su Alteza el me-

un numeroso coro y una escogida orquesta interpretó con exquisita delicadeza una de las misas del maestro Perosi, y cantó las glorias de San Ignacio en un valiente panegírico el conocido orador sagrado P. García Alcalde S. J.

Con los actuales alumnos pasó ese día en el Colegio un escogido grupo de antiguos colegiales. Entre los que acudieron de fuera de Gijón recordamos con gusto a nuestros antiguos compañeros y distinguidos jóvenes de Oviedo Sres. Barbón, Gregorio Fernández, José María Rodríguez, Esteban Ceñal y Jaime Masaveu.

Presidió el banquete, con que fueron obsequiados los antiguos colegiales, teniendo a su lado a dos Padres del Colegio, el distinguido Sr. D. Fernando Martínez, uno de los primeros Brigadieres de la Inmaculada. Brillaban también en primera fila, y se distinguieron por sus brándis oportunos y entusiastas los ilustrados jóvenes de Gijón, Sr. Dr. Cobián, uno de los que asisten en su enfermedad al P. Espiritual,

Gerardo Requejo, conocido escritor y propagandista católico, y Julián Ayesta, tan celebrado por su gracia en el decir y sus ocurrencias oportunas. Fué en efecto feliz la que tuvo en uno de sus aplaudidos brindis, al proponer ir todos juntos, al terminar el banquete, a la capilla pública, para rogar al Señor por intercesión de San Ignacio, por la salud del P. Espiritual, de quien tan gratos recuerdos todos conservaban. Como se propuso, así lo hicieron; y fué realmente edificante verlos dirigirse, piadosos y humildes, a la iglesia, y, puestos de rodillas, contestar acordes y llenos de entusiasmo, como en sus tiempos de colegiales, a las preces fervorosas, que uno de ellos empezó a dirigir al Señor en voz alta por la salud del Padre.

Por la tarde se tuvo un reñido partido de football. Los aficionados a la música tuvieron un animado concierto en el Salón de Actos del Colegio, y ya al anochecer, se dirigieron a la iglesia, donde tuvo lu-

gar una bonita función religiosa. En ella terminó, con la bendición solemne del Santísimo, la novena de San Ignacio, durante la cual se habían leído los hechos más salientes, que acomodados a la virtud del día respectivo, se encuentran en la vida admirable, que escribió del Santo Fundador su compañero en vida el P. Ribadeneira, uno de nuestros mejores autores del siglo XVI.

Nuestro P. Espiritual, aunque ha salido varias veces de los graves peligros en que le ha puesto su grave y penosa enfermedad, aún no se puede asegurar que esté fuera del estado de gravedad. Por eso los Congregantes y los Redactores de PÁGINAS, que fueron siempre los objetos de su predilección, suplicamos a sus lectores una fervorosa oración por la salud de tan buen Padre.

V. N.
Congregante Mariano

El Cristo de Marfil ⁽¹⁾

En una hermosa mañana del mes de Junio de 1655, dos hombres, de rostros sombreados por ese tinte moreno que da el sol de Italia, golpeaban, hacía algunos momentos, a la puerta de una humilde casa de Avignon.

Ambos llevaban ricos jubones de terciopelo realzados de encajes y cintas de diversos colores.

Un sombrero gris guarnecido de plumas blancas, cubría sus cabezas y veíase en su cinto una espada con empuñadura de oro.

Uno de esos hombres era su Excelencia, Aníbal de la Croce, embajador extraordinario de su Alteza Imperial, el gran duque de Toscana; el otro un secretario del mismo príncipe. Los dos habían llegado la víspera de Florencia, para cumplir una delicada misión que su soberano les había confiado.

Al tercer golpe dado sobre la puerta, vieron entornarse los goznes, y un tercer personaje apareció en el umbral.

—¿Al maestro Juan Guillermin es a quien tenemos el honor de hablar?—preguntó el conde Aníbal de la Croce.

—Sí, señor, a él mismo; hacedme el favor de entrar.

El maestro Juan Guillermin, el escultor, tenía entonces cuarenta años; después de Benvenuto Ce-

(1) Versión francesa, en la *Revista Escolar*, por Antonio Huneeus Valdés.

llini, ningún artista del mundo había tenido tanto éxito. La Europa entera le conocía.

Nadie poseía mejor que él, el arte de hacer esos maravillosos candelabros de iglesia, que serán la eterna gloria de los artistas del Renacimiento. Escultor y pintor, había hecho estatuas y cuadros que las diferentes casas reinantes se disputaban á porfía.

Sin embargo, nada anunciaba en él esos obreros en los cuales el loco orgullo se retrata en el semblante y en las vestiduras. Comprendía que la sencillez es el mejor de los adornos; el artista no se cubría, como la mayoría de sus semejantes, con telas fastuosas que estaban tan de moda esa época. Su casa, que respiraba comodidad, estaba igualmente exenta de ese lujo, con que los de su profesión han sabido rodearse.

Algunos muebles preciosos que se veían aquí y allá, eran regalos de Su Santidad el Papa, del rey de Francia, para los cuales Juan Guillermin había trabajado. Un solo criado, que obedecía las órdenes del escultor, parecía estar arreglando la casa en ese momento.

Después de haber cerrado la puerta, el artista introdujo a los extranjeros en esta pieza, que era considerada por él como un santuario, e invitó a los recién llegados a sentarse.

—¿Podría saber, señores, a qué debo el honor de esta visita?

—Es de suponer que lo hayais adivinado, maestro, repuso el conde Anibal; somos enviados de su Alteza Imperial, el gran Duque de Toscana. El príncipe pide el concurso de vuestro talento para un gran monumento con el cual tiene la intención de decorar una de las iglesias.

—Seguramente, señor, replicó Juan Guillermin no puede menos de lisonjearme el favor de un príncipe tan esclarecido como el gran duque; pero por grande que sea mi deseo de complacerle, no me es dado ocuparme en la tarea que me proponéis en su nombre. Tengo que trabajar ahora y sin tardanzas para una alteza, a quien nadie puede rehusar nada.

Al hablar así, el escultor alzaba los ojos al cielo; luego agregó en voz baja:

—Tengo que hacer sin tardanza una obra para el rey del Cielo.

En vano insistió el conde, haciendo brillar a los ojos de Juan Guillermin las más seductoras promesas; en vano habló de una pensión de dos mil se-
 qués, de un empleo honorífico en la corte de su amo; el escultor se disculpó siempre con el mismo pretexto. Al fin, para dar a entender mejor que su resolución era irrevocable, fué a buscar un gran cartón colocado en el fondo de un baul de ébano, desató con cuidado los cordones, lo abrió y dijo a los extranjeros:

—Ved, señores, la tarea que me queda por hacer.

El objeto ofrecido a las miradas de los dos enviados del gran duque de Toscana, no era otro que un proyecto de crucifijo, trazado a lapiz, y que aun recién empezado, no dejaba de tener las apariencias de una obra maestra.

El Hombre-Dios muriendo por la salvación del género humano, no había sido nunca figurado de una manera tan patética y completa. Todos los sufrimientos que Jesús había padecido desde la cuna hasta el postrer suspiro del Gólgota, se encontraban maravillosamente reunidos en los múltiples detalles de esa cruz. Un golpe de vista bastó al conde para apreciar todo lo admirable que había en ese esbozo, que se hubiera dicho trazado por los dedos de los ángeles.

—¿Sabe, maestro, dijo el señor Anibal de la Croce, que este proyecto es una obra sublime, y que no hay príncipe en Europa que no se la cubra de oro y de diamantes? ¿Lo destina usted a Su Santidad el Papa?

—Ya os he dicho, señor, repuso Juan Guillermin que lo había dedicado al Rey del Cielo.

Al oír estas palabras los extranjeros, pidieron permiso para retirarse, atestiguando cuan grande era su tristeza por no haber podido decidirle a consagrar algún tiempo al gran duque.

El escultor los acompañó hasta la puerta.

—Sí, dijo entonces, hablando consigo mismo y dejando el objeto en el cartón; sí, es preciso que yo haga una ofrenda a Dios si quiero que Dios, me conceda lo que voy a pedirle.

Juan Guillermin tenía un hermano que amaba tiernamente. Andrés Guillermin, distinguido pintor, verdadero hijo pródigo, había disipado su fortuna; mecido por tempestuosas pasiones, había sido arrastrado a un crimen sangriento, después de una partida de juego. Siguiéronle causa; para salvarle la vida, Juan Guillermin empleaba en influencias todo el tiempo que le dejaban sus ocupaciones. Al fin él había puesto la última mano a la obra cuyo esbozo tanto había maravillado, momentos antes, a los enviados del gran duque de Toscana. El sublime obrero contemplaba su trabajo con aquel amor que sienten todos los artistas por el fruto de sus desvelos. Tallado en marfil, hecho de una sola pieza, y de una dimensión de veinte y seis pulgadas, este prodigio del arte, era, como lo hemos dicho, un admirable resumen de todos los dolores que el Hijo de Dios apuró en el curso de su vida hasta el árbol del Gólgota.

Aun antes que ese trabajo fuese terminado, la Congregación de los Penitentes de la Cruz, deseaba vivamente adquirir el Cristo de marfil de Juan Guillermin; pero Juan Guillermin se mostraba intratable; había rehusado hasta ahora todas las ofrendas

que le habían hecho. A las múltiples instancias de los cofrades, él sin cesar respondía:

—Hermanos, una obra maestra no se vende por un poco de oro.

Al comenzar el mes de Octubre, tres días antes de la ejecución de la sentencia de Andrés Guillermin a la pena de muerte, los Religiosos de la Congregación de los Penitentes de la Cruz, hicieron una nueva tentativa para adquirir el bello Cristo de marfil. Uno de ellos fué a llamar a la puerta de Juan Guillermin. Apenas introducido, el Hermano repitió el pedido, tantas veces hecho por la Congregación. El artista contestó con gran sangre fría la respuesta que acostumbraba dar.

—No obstante, dijo el Religioso, la Congregación está dispuesta a dar mucho.

—Mucho oro no sería bastante.

—He visto al Superior esta mañana y me dijo que daríamos, si usted quiere, hasta treinta mil liras.

—¡Treinta mil liras! Pues bien, sea!, dijo el artista con una extraña sonrisa; pero urge que el trato se cumpla ahora mismo.

—La Congregación no se opone; yo creo que usted se podrá presentar mañana, donde el tesorero o donde el Superior, a su gusto.

—Iré mañana sin falta.

Al día siguiente, Juan Guillermin, con su preciosa carga fué donde el Superior.

—Reverendo, dijo, os traigo el Cristo que deseábais.

—Está bien, maestro, dijo el Superior con alegría; voy a haceros contar la suma convenida.

—No, no, guárdela usted, Reverendo, repuso el artista: se lo he dicho ya cien veces: una obra maestra no se compra por un poco de oro.

Urge decir aquí, que la Orden de los Penitentes de la Cruz estaba especialmente encargada del cuidado de los presos. Los Religiosos de esta Congregación visitaban los prisioneros y los acompañaban al suplicio. Ellos eran los que les hacían los honores de la sepultura a sus cadáveres. También poseían una de las mejores prerrogativas de que puede disponer un hombre; era la de obtener todos los años la gracia de un condenado a muerte.

—No, no, Reverendo, repuso Juan Guillermin; no es oro lo que yo deseo por mi Cristo de marfil; es la vida de un hombre que debe perecer mañana, por haber cometido un homicidio después de una partida de juego; yo no daré mi Cristo sino por la gracia del criminal.

La oferta fué aceptada, y después de las ceremonias de uso, el cambio se hizo en el acto.

Un hombre faltó al día siguiente al verdugo de Avignon. Este hombre era Andrés Guillermin, el hermano del escultor, cuya vida acababa de ser salvada por el Cristo de marfil.

El viajero que visita la ciudad del Petrarca, se hace siempre conducir a la capilla de la Misericordia. En el coro de esta capilla había sido colocado el admirable Cristo, dado de esta manera a los Penitentes de la Cruz. (Está hoy en el museo de dicha ciudad.)

En cuanto a los dos artistas que figuran en el curso de esta narración, la historia nos enseña del resto de su vida lo siguiente:

Andrés Guillermin, el pintor condenado a muerte, enmendó los yerros de su juventud; poco tiempo después de haber sido agraciado, fué a Florencia, donde se recluyó en un Convento de Camaldulenses.

Juan Guillermin, siempre rodeado de la más brillante consideración, renunció luego a las artes; él pensaba, con razón, que después de haber hecho su Cristo, no le quedaba más que hacer. Murió en Avignon en 1699.

Tarde te amé, Señor

Tarde te amé, Señor; tarde, Hermosura que diste luz a la celeste esfera, pues teniéndote en mi, te busqué fuera.

Buscábate, Señor, el alma mía, en la hermosura humana y no te hallaba, pues antes de la tuya me apartaba.

Pero al fin me llamó la piedad tuya, abriéndome los ojos tu belleza, rompiendo a mis oídos la dureza.

Tocásteme, Señor, y mi deseo en tu amor encendiste y abrasaste; amé tu alteza y mi bajeza amaste.

Herísteme, Señor, con tus saetas, y como de tu sangre están bañadas, en el alma las tengo atravesadas.

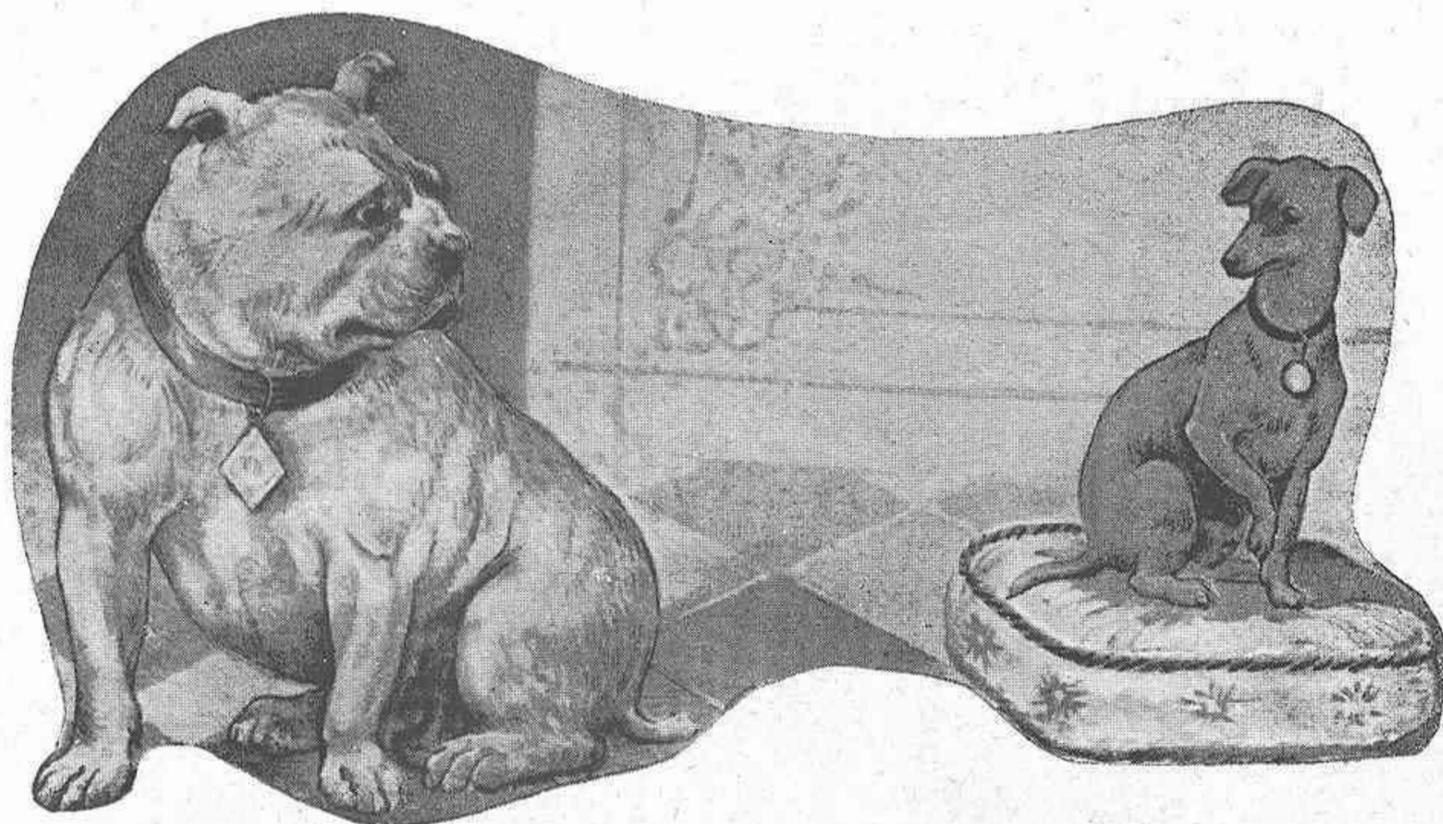
Lope de Vega.

Los Jesuitas en el ejército

Dice «La Croix»:

«El 31 de Julio ha sido la fiesta de San Ignacio de Loyola.

Forman parte del ejército 615 jesuitas. Actualmente están fuera de combate 109 47 muertos, 18 prisioneros, 7 desaparecidos,



La noble fortaleza ante la osada debilidad

—¡Atrévete a ladrarme otra vez, ¡merengue!
—¡Perdona, Krupp, lo hice sin querer!.....

37 heridos o enfermos sometidos a tratamiento.

En el frente están 281: 57 de capellanes, 20 de capellanes enfermeros, 78 de enfermeros, 126 de combatientes y servicios de intendencia.

Ciento dos están en los hospitales y 101 en los servicios de retaguardia o en los depósitos (varios en Tien-Tsin y en Tananarive).

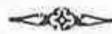
Veintidós, rebajados ó libertados, varios de ellos por heridas graves.

Han sido objeto de distinción 61: 6 han sido nombrados caballeros de la Legión de Honor, 5 han recibido la medalla militar, uno la cruz de San Jorge (rusa), uno la medalla de epidemias y 48 han sido citados en la orden del día (cruz de guerra).

forme de campaña y con la cruz roja en el brazo.

Un soldado, que hace de acólito, trae el mantel, un cricifijo, dos velas... ..y ya comienza la misa rezada.

Aquel silencio, lleno de solemnidad y venerable misterio, llena de ánimo nuestros corazones. El Sacerdote nos dirige una plática breve y oportunísima, y en marcha....



Livcoust 13 Setiembre.

Nuestra compañía se encuentra en los límites de Lorena y Francia... En aquella aldehuela hay una iglesita; entro en ella con mis camaradas y ¡qué grata impresión recibo! la pequeña iglesia es muy sencilla, pero admirablemente reúne la elegancia con la sencillez.

Allí, a la izquierda, en un altar lateral, nos sonríe la dulcísima imagen de la Reina del cielo; el altar está todo adornado con flores naturales. Pero ¡ay! mientras presentábamos nuestras peticiones a la Madre de Dios, de pronto cae una granada en la pequeña aldea; poco después llueven granadas en todas direcciones. ¡Oh poderosa Reina de los Congregantes, extiende tu mano protectora sobre todos nosotros y sobre todos los que te invocan!.....



Saint-Hilaire, 11 Noviembre.

Otra vez me encuentro en mí querido y

UN CONGREGANTE EN CAMPAÑA

Fragmentos de varias cartas del Secretario de la Congregación mariana de Saarbrücken (Rheinland Alemania).

Lemmersberg 28 Agosto 1914.

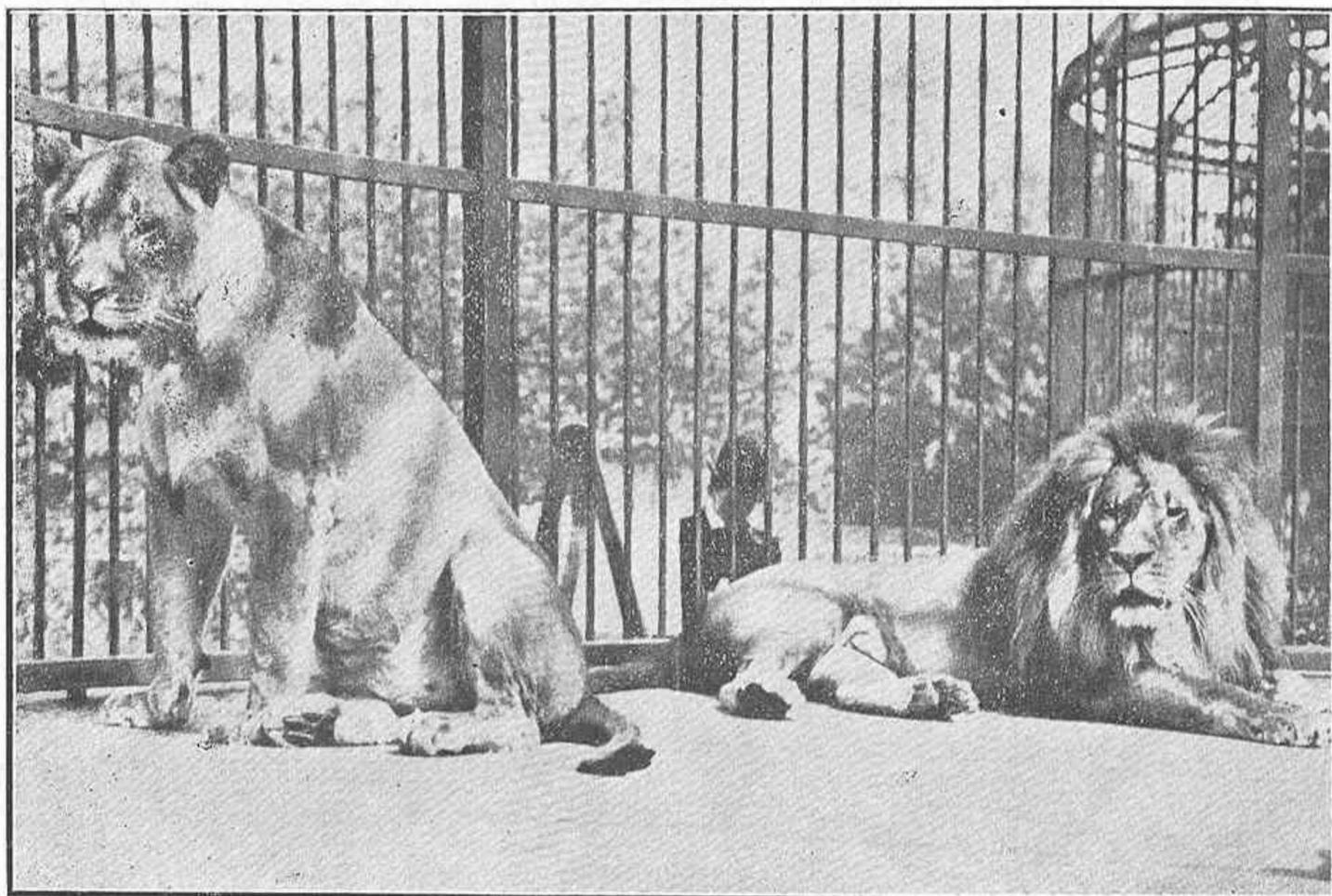
Hoy tenemos misa por primera vez.

Una mesita hecha de tablas y varillas de fiaya entretejidas, va a servir de altar al aire libre. Ya se acerca el sacerdote, de uni-

venerable Saint-Hilaire. Vamos a la iglesia: ya está en el confesonario el sacerdote, dispuesto a purificar nuestras almas en la sangre del Cordero; se van acercando los soldados al santo tribunal; pero el tiempo es demasiado breve y no alcanza para todos; se confiesan los que pueden y a los demás se les da la absolución general; oímos misa y comulgamos. Han pasado 24 horas;

nuestro regimiento está en medio del combate ¡qué día más doloroso! las bajas pasan de 300, y 41 compañeros nuestros han muerto! Ahora sí que podíamos preguntarles de cuánto les habrá servido aquella última confesión y comunión!...

B. Sche.



El león y la leona de Berbería, en su gran jaula de la colección zoológica de Londres
(De fotografía)

ENSEÑANZAS ANTITUBERCULOSAS

La tuberculosis se cura muchas veces y se alivia siempre, perseverando en un tratamiento apropiado.

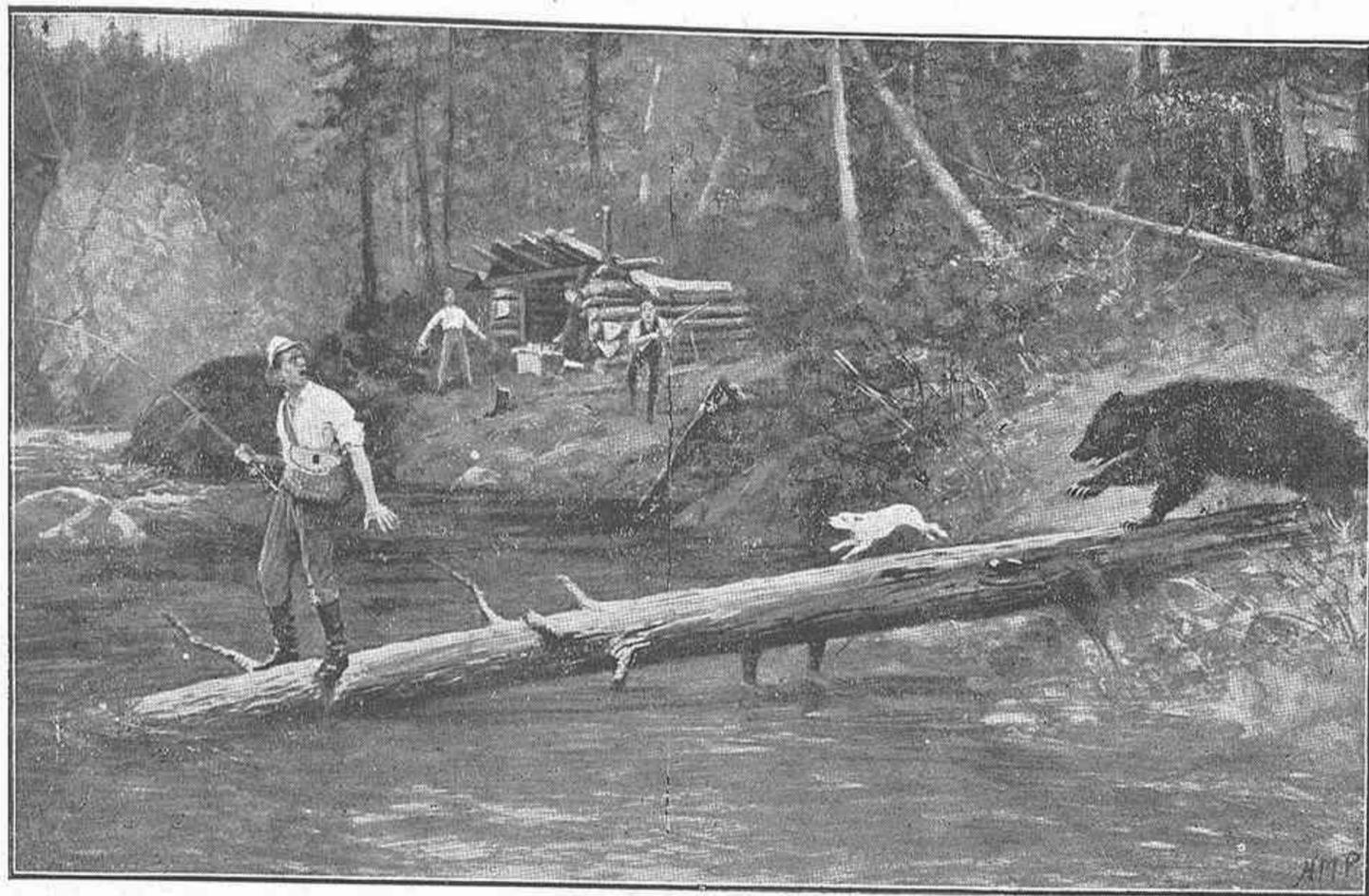
El *tratamiento actual* de la tuberculosis se resume en lo que se pueda hacer en favor del enfermo, para neutralizar y aun superar, hasta anularla cuando ello sea posible, la acción nociva del microbio sobre el organismo.

El *tratamiento ideal*, aun por descubrir, de luchar directamente contra el microbio, extinguiéndolo, o trocándole de pernicioso en inofensivo, no pasa de ser una legítima aspiración de la clínica, a la que debe preceder la seria experimentación en el laboratorio, que sólo podrá tener aplicación al hombre enfermo *cuando se haya rigurosa-*

mente comprobado, primero, su absoluta inocuidad; y después, su racional eficacia en los casos graves en que son impotentes los actuales tratamientos.

Por no haberse atendido a estas reglas de *elemental y obligada prudencia*, hemos visto fracasar, con gran desilusión y perjuicios incalculables de los pobres enfermos, convertidos abusiva y aun puniblemente *in anima vili* por audaces o irreflexivos experimentadores, los ya incontables sueros, tuberculinas, tulasas y productos análogos, lanzados al comercio terapéutico con grandes pretensiones curativas, *jamás confirmadas, hasta la fecha, por una práctica digna y concienzuda.*

Dr. Malo de Poveda.



Un oso persiguiendo a un pescador de caña en el Canadá

EL RAISULI

Este musulmán, que desde joven se había distinguido como bandolero, por lo cual le tuvo mucho tiempo con grillos en la cárcel de Mogador el famoso diplomático Mohamet Torres, dióse a conocer ante las naciones extranjeras el año 1904, con motivo de haber sembrado el pánico en Tánger, siendo bajá Sadec Bargash, hijo de Sidi Mohamet Bergesh, predecesor del citado Mohamet Torres en el cargo de Representante de S. M. Xerifiana ante el Cuerpo diplomático.

Necesitando tropas para la guarda y defensa de la ciudad de Fez el entonces Sultán, Abd-el-Aziz, el sobredicho bajá le envió 50 rifeños, bajo las órdenes del caid Abd-el Malec, hombre de escaso talento y muy mal visto de las cábilas dependientes del bajalato. Púsose en marcha el reducido batallón, acompañado del bajá hasta unos diez kilómetros de la ciudad; pero Sadec Bargash se vió obligado a volverse a la alcazaba, en vista de las amenazas de multitud de cabileños que le salieron al camino, diciéndole que si no regresaba inmediatamente a Tánger, harían con él lo que acababan de hacer con el infeliz Abd-el-Malec, que fué darle una gran paliza, quemarle los ojos con un hierro candente y llevarlo por fin prisionero al interior de la cábila, en donde estuvo hasta que lo libertaron los hijos del célebre xerif de Vazán.

Parece que el Sultán debiera haber vengado la falta de respeto a la primera autoridad de Tánger; pero fuese debido al temor de que resultase peor el remedio que la enfermedad, o fuese porque los revoltosos supieron exponer a S. M. Xerifiana las graves quejas que tenían en contra de Abd-el-Malec, lo cierto es que han quedado impunes, apareciendo luego como capitán de todos ellos el Raisuli. Éste los llevó a atacar a Tetuán y Arcila, más nada pudieron conseguir, gracias a las valientes fuerzas militares que defendían a la primera, y a las soberbias mura-

llas portuguesas que rodean la segunda. Como por la parte del mar era imposible el asalto, puesto que hubiera sido sofocado al momento por los buques de guerra surtos en la bahía, intentó el Raisuli llevarlo a cabo por la parte del campo, aunque en vano, pues no le han seguido en esto sus leales, muy satisfechos del comercio que sostenían con los habitantes de la ciudad.

El Raisuli, empero, no descansaba hasta hacer alguna de las suyas, y se dedicó a los secuestros personales, siendo su primera víctima, Mr. Harris, súbdito inglés, corresponsal del «The Times» y antiguo morador de Marruecos.

Poco después, en una noche de verano del citado año de 1904, se personó con sólo veinte hombres en la casa de campo de Mr. Perdicaris, situada en *Yebel Quibit*, y, sin encomendarse a nadie, coge a dicho Mr. Perdicaris y a su hijastro Mr. Narley, y los conduce prisioneros a la cábila de Beni-Aros. Como Mr. Perdicaris era súbdito norteamericano, y británico Mr. Varley, ambos gobiernos exigían la inmediata libertad de los presos. Para obtenerla, enviaron a Tanger los Estados Unidos una escuadra de siete temibles cruceros, pero el Raisuli supo hacerse muy bien el sueco hasta que le han sido entregados 70.000 duros, que fué lo que pidió como rescate de sus presas.

Mr. Perdicaris, admirador como pocos de Marruecos y propietario de hermosas fincas dentro y fuera de Tánger, le tomó tal horror a esto desde la captura, que no ha vuelto a poner los pies en el Imperio, ni los pondrá aunque viva cien años. Confesó, sin embargo, que en Beni-Aros, cábila en donde estuvo preso, y una de las revolucionadas contra España, había visto paisajes más hermosos que en la misma América. Este señor, a pesar de ser protestante, estimó siempre mucho a los Misioneros franciscanos, a quienes ha hecho regalos de gran importancia, entre otros una bonita Custodia de plata para la iglesia; y su esposa, también protestante, cooperó con la Misión Católica al establecimiento de la Cocina Económica de esta localidad, entregando al efecto la cantidad de 400 duros.

El Raisuli, lejos de caer en manos de la justicia y ser conducido a prisiones, en las que debiera permanecer toda la vida, figura muy luego como uno de los principales personajes del Imperio, llegando a ser bajá de Arcila en estos últimos tiempos, punto en que ha construido un palacio que llama la atención por sus dimensiones y arquitectura; muchas veces y en diversas ocasiones, siempre que le pareció conveniente para sus medros personales, se ha mostrado de palabra amigo de España: pero es lo cierto que personas conocedoras del país, y que siguen de cerca el curso de las cuestiones políticas en Marruecos, opinan, y no creo se engañen, que el Raisuli fué quien ha promovido en gran parte el movimiento *musu'man* en el Garb contra nuestra amada Nación, y el que ha hecho creer a los cabileños de Bedi-Aros que los soldados españoles trataban de profanar su venerando santuario.

El Raisuli es alto y bastante fornido; usa largas melenas, a semejanza de casi todos los *morabús* del Imperio; tiene fuerte musculatura, y su fuerza es hercúlea.

Anda siempre acompañado de seis moros leales, armados de escopeta y guñía, que no dejan de la mano. Es muy desconfiado. Antes de entrar en una casa, toma mil precauciones, mandando a los suyos que examinen minuciosamente los alrededores, y sólo después de muy asegurado se decide a pasar. Vive en el campo, errante de un lugar a otro. Huye de las ciudades y poblados, a los que, si alguna vez viene, es de noche y muy escoltado.

Como buen morabito, es muy religioso. Trae casi siempre consigo a un cuñado suyo, observador fidelísimo del Korán y muy dado a ayunos y penitencias; alguien que le conoce me asegura que ayuna todos los días, aún estando enfermo y yendo de viaje, y que no deja de recitar a cada instante versículos de las *suras*.

A pesar de su aspecto, un tanto repulsivo por lo adusto, goza el Raisuli de gran ascendiente entre las cábilas que le siguen, sobre todo en la de Anghera, donde, según oí, lo aclamaron hace poco por Sultán, en nombre de Dios y de Turquía. Débese esta simpatía a la arrebatadora elocuencia y denodado esfuerzo con que defiende la independencia del país, la fidelidad a las tradiciones musulmicas y el celo por conservar limpias de la huella europea las sepulturas de sus mayores.

El Raisuli tiene en gran estima a los Misioneros Franciscanos de Marruecos. Cuando en Tánger se construían las Escuelas de Alfonso XIII, bajo la dirección de Fr. Francisco Serra, comenzó él a edificar su palacio en Arcila. Mandó entonces a varios de los suyos que viniesen a esta ciudad en busca de operarios indígenas, encargándoles, sin embargo, que no hiciesen propaganda alguna entre los moros que trabajaban en las obras de *frailia*.

De *El Apostolado Africano*.

Consejos del Dr. Evans

Las ventanas cerradas son calles abiertas a la tisis.

El sol en una casa se come el color de las alfombras, pero tiñe las mejillas.

Los denominados chalecos protectores del pecho,

sólo sirven para llamar la atención de los constipados y catarros.

Respirad a vuestras anchas. Cuanto más dilatéis el pecho, menos os acatarraréis.

Los pulmones no pueden lavarse, pero pueden airearse.

Las bebidas fuertes hacen hombres débiles.

Cuando no sepáis qué comer... no comáis nada.

La suciedad cría moscas, y las moscas enfermedades infecciosas.

Una mosca matada en Mayo, evita matar un millón en Julio.

¡Si Dios lo hiciera!..

No me niegues, Dios mío,
este dulce consuelo cuando muera:
un confesor que ponga
en orden mi conciencia
y que del mal que haya hecho
me perdone en tu nombre y me absuelva;
recibir el Viático,
sentir la gracia de la Unción-extrema,
aspirar el perfume
de los ritos y preces de tu Iglesia:
que mis palabras últimas
para alabarte y bendecirte sean,
y que cierre mis ojos
mi madrecica tierna,
si voluntad es tuya
que muera yo antes que ella.
¡No me niegues, Dios mío,
este dulce consuelo cuando muera!

M. de Sta. Catalina

APOSTOLADO de la ORACIÓN

Primer grado

AGOSTO

Intención General aprobada y bendecida por Su Santidad

La vuelta de los Protestantes al Catolicismo

ORACIÓN PARA ESTE MES

Oh Jesús mío! por medio del Corazón inmaculado de María Santísima os ofrezco las oraciones, obras y trabajos del presente día, para reparar las ofensas que se os hacen, y por las demás intenciones de vuestro Sagrado Corazón.

Os las ofrezco, en especial, para que se conviertan muchos protestantes al catolicismo.

RESOLUCIÓN APOSTÓLICA

Hacer muchos actos de fe, y pedir la luz de la fe para los protestantes.

Conferencias Biológicas: Estudios

críticos sobre la teoría de la Evolución

Por el P. Jaime Pujiula, S. J., Profesor de Biología y Director del Laboratorio Biológico del Ebro.

Todo joven que estudie la segunda enseñanza, o sea alumno de la Universidad, debe leer con detención este manual, que le enseñará qué dice la verdadera y más moderna ciencia acerca de la teoría evolucionista.

Prestará, además, grandes servicios a la misma gente de carrera, en especial a los profesores de ciencias biológicas o naturales.

El autor, con dominio pleno de la materia que trata, después de una substanciosa exposición de conceptos y teorías antiguas y recientes, patentiza el absurdo monista de la evolución eterna de la materia y energía; ascendiendo gradualmente en su curso científico, refuta el sistema de la generación espontánea; demuestra la esencial superioridad de los fenómenos vitales sobre los físico-químicos, de los psicos sobre los fisiológico-vitales y de los intelectuales sobre los psico instintivos; rechaza la teoría de la descendencia aplicada al hombre; establece sólidamente la descendencia de las especies orgánicas con pruebas experimentales, sacadas de la Morfología, Biogeografía y Paleontología; y corona su obra un capítulo de reflexiones y pensamientos de educación ética-científica.

Escrito en estilo sencillo, con transparencias del lenguaje didáctico, expositivo, e ilustrado con láminas, originales unas y tomadas otras de los mejores autores alemanes, en especial J. Rauke y Arnoldo Bross, apoyado en la selecta documentación que caracteriza a los sabios germánicos, el texto del P. Pujiula es un bellísimo tratado de biología sólidamente científica, que puede desvanecer innobles teorías, enseñadas en las mismas cátedras universitarias. (*Reseña Eclesiástica*, Barcelona.)

Forma un volumen de unas 150 páginas, tamaño 20 por 12 centímetros, ilustrado con notables láminas fuera de texto, y varios grabados intercalados. Precio: 2 pesetas en rústica, y 2,50 en tela.

Manual del Entomólogo

Por el Padre Longinos Navás,
de la Compañía de Jesús.

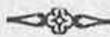
El considerable aumento de los que estudian Entomología, hacía necesaria la publicación de un *Manual*, que siendo lo más completo posible, reuniese las condiciones de escaso volumen y poco precio, para que fuese excelente *vademecum* del joven entomólogo e ilustrando al principiante le hiciese más agradables sus aficiones, le ayudasen a vencer las dificultades compañeras inseparables de los primeros pasos, le ilustrase en su cotidiana tarea y le pusiese en disposición de hacer rápidos progresos en la Entomología.

El *Manual del Entomólogo*, del R. P. Longinos Navás, S. J., será utilísimo a cuantos estudien Historia Natural, y también a los profesores de esta asignatura y de cuantas con ella se relacionen, y es indispensable a los aficionados al estudio de los insectos, a los coleccionistas y a los que

en colegios, museos, etc., cuiden de la dirección, aumento y conservación de las colecciones.

Un volumen de 100 páginas, tamaño 20 por 12 centímetros. Precio: 1,50 Pesetas en rústica, y 2 artísticamente encuadernado en tela.

Estas dos obras pueden adquirirse en la Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.



En los umbrales de la mayor edad

Por Fr. W. Fórster, Profesor de Pedagogía en la Universidad de Viena. Traducida al castellano por J. M. Palomeque y Arroyo, Profesor en el Real Instituto Internacional Italiano de Turín.—Libro para la juventud de ambos sexos que se dispone para las luchas de la vida. — Un volumen de 12 y medio por 19 centímetros, de 279 páginas. En rústica, pesetas 3,25; elegantemente encuadernado en tela, pesetas 4,25.— Por correo, certificado, pesetas 0,35 más.

INDICE: Introducción.—Una cuestión previa.—¿Existe una moral absoluta?

I. *Cuestiones sobre la vida personal.* «La voluntad.»—Importancia de la voluntad. — Ejercicio de la constancia.—Remedio contra la falta de voluntad.—Haraganería.—Puntualidad. — Falta de memoria.—Ejercicio de resistencia contra los estímulos.—Prudencia.—La escuela del silencio.—Señorío sobre el instinto de la nutrición. — Disciplina superior.—Energía y amor.—Juventud.—Alcohol.—Carácter.—Vida libre.—*Relaciones con los hombres.*—Adivinos por obra de la piedad.—Esclavitud. — Sociabilidad.—Independencia. — Dos suertes de relaciones con los hombres.—Sinceridad. — *La profesión y el carácter.* — Lo que quiere decir educación profesional.—Profesiones directoras. — Altos funcionarios. — Carreras mercantiles. — Carrera política.—Carrera de educador. — Carácter sagrado de todas las profesiones.—*Jóvenes y señoritas.* — ¿Conservación o dispersión?—Responsabilidad.—Amistad.—Despreocupación. — Educación del gusto. — La hermosura del rostro. — ¿Quién es un caba lero? — El sentimiento de hidalguía del hombre ante las mujeres profesionistas.—*El problema sexual.* — Dominio de la naturaleza y dominio propio. — El amor libre.—Desarrollo de la personalidad.—Autoeducación.—El culto del desnudo. — Preservación.—Limpieza.—Regimen de vida física.—La lectura.—La naturaleza y el espíritu. — El sentimiento de caballerosidad.—Carácter.—Prostitución.—El dios y la bayadera.—Castidad. — Matrimonio precoz.—Un verdadero amigo.—La edad crítica.

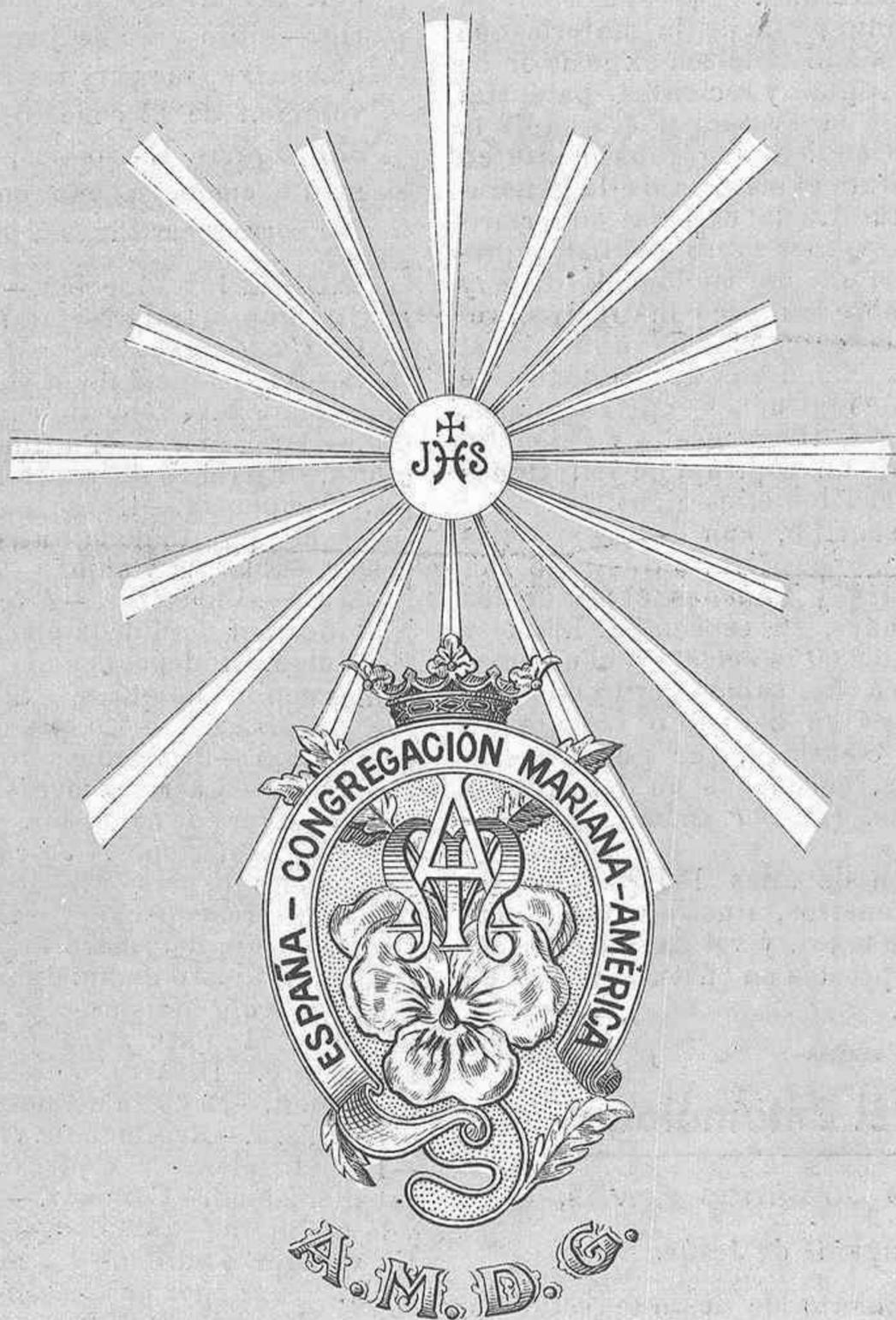
II. *Problemas de la civilización y normas para la vida.* «La protección de los débiles.» — Selección natural y humanidad. — La «conversión de todos los valores» de Nietzsche. — El problema de las razas.—El problema de la mujer. — Legitimidad del movimiento feminista. — Profesiones e instrucción femeninas.—Quehaceres domésticos.—Las obras de asistencia. — Profesiones pedagógicas. — Las obras sociales de la mujer. — La misión de la mujer y la civilización.—Conflictos. — La cuestión social.—Los peligros de la cultura técnica. — La Religión y el carácter.

Para pedidos, Librería Católica Internacional, Claris, 82, Barcelona, Apartado 415.



PAGINAS ESCOLARES

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA
PARA JÓVENES ESCOLARES



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA			ULTRAMAR		
UN AÑO.....	6	PESETAS	UN AÑO.....	7	PESETAS
NÚMERO SUELTO.....	0,60	»	NÚMERO SUELTO.....	0,75	»
COLECCIÓN COMPLETA:			COLECCIÓN COMPLETA:		
CADA AÑO.....	4	»	CADA AÑO.....	5	»

FRANQUEO CONCERTADO

Colegio de la Inmaculada, Apartado 32 — GIJÓN